

INTERROGATORIO

La sala de interrogatorios era fría y poco acogedora. Diáfana, con una mesa rectangular de color grisáceo que adornaba el centro. A su lado, una sencilla silla de plástico sin reposabrazos. Del techo colgaba una lámpara sujeta con un muelle que caía hasta la mesa, dejando a oscuras el resto de la estancia.

- Siéntese General Castaños – dijo con autoridad una voz mientras cerraba la puerta.

Su interlocutor le hablaba a cierta distancia, allí justo donde las sombras impedían verle la cara.

- ¿A quién tengo el gusto de dirigirme? – respondió el General.
- Mi nombre no es relevante – dijo severamente –. Si quiere puede llamarme Sr. Smith.

El tono de voz no auguraba nada bueno. Era una situación comprometida. Estar en aquel sitio no era precisamente una buena señal. Estaba bien jodido, y lo sabía. Intentó relajarse.

- Me siento más cómodo así, gracias.

Repasó entonces en su pantalla los antecedentes del caso.

- Hum...a ver – dijo pasando con rapidez las hojas digitales –. Apropiación indebida, injerencia nacional, tal...tal...aquí esta: seguridad planetaria.
- Y dice usted, General Castaños – continuó –, que el mes pasado sorprendieron a unos individuos en el recinto de las antenas de la NASA/INTA de Robledo de Chavela realizando acciones sospechosas.
- Así es, Sr. Smith. Ese grupo fue el que envió la señal interestelar a través de los radiotelescopios.
- ¿Cómo es eso posible? – preguntó intrigado.
- Al parecer tienen inusuales conocimientos científicos. Uno de ellos incluso trabajaba aquí. Ya sabe, en España somos muy de empalmar cables. Corto aquí, pego allá, transfiero energía, cortocircuito sistemas, en fin...
- Muy ingeniosos sois los españoles, sí. Prosiga, por favor.
- Orientaron las antenas para hacer converger la señal en un solo punto. Total, que se les fue de las manos – prosiguió el General – y en un pico de energía, producto de una sobrecarga, se acabó mandando un mensaje con una fuerza extraordinaria hacia los confines del Sistema Solar.
- El asunto es muy grave – respondió.

Se aflojó el nudo de la corbata. Empezó a sudar de nuevo.

- Jeje...qué cabroncetes estos chicos, ¿no le parece? – dijo nerviosamente.
- ¿Se ha dado cuenta de que esto puede crear un conflicto interplanetario?
- Bueno...una señal radioastronómica puede tardar años...siglos qué sé yo, hasta alcanzar un planeta con vida inteligente.
- Cierto, a no ser que esa señal en su camino se cruce con un puesto avanzado de una civilización alienígena. Digamos el conocido como planeta 9.

El tono de voz intimidó al detenido. Se acercó a la mesa.

- ¿Me está usted diciendo que nos hemos topado con una base extraterrestre? – contestó perplejo el General.
- ¿Se ha preguntado por qué no se ha llegado a descubrir todavía? Ahora mismo constituyen una amenaza ¿Es consciente de ello?

Su interlocutor se adelantó desde la esquina, saliendo de la zona de la sombra, apoyándose en la mesa de forma amenazadora. El General pudo por fin verle la cara. Se meo en los pantalones, presa del pánico.

Sus ocho ojos le miraron fijamente de manera sincrónica, a la vez que de su amorfo cuerpo verde y lleno de pelos salieron unos tentáculos viscosos que se agarraron a sus pies y fueron subiendo, enroscándose hasta llegar al cuello.

- Esto puede crear una crisis insalvable entre las dos especies.
- ¿Tan grave es? ¿Qué decía el mensaje?
- Decía:

“Alienígenas de la galaxia
seres del universo,
lo decimos en prosa
pero también en verso.
En ASOMA nos la pela
que seáis verdes y peludos,
pero si venís a La Tierra
os daremos por el culo.”

- Lo hemos traducido a nuestro idioma – continuó – y nos parece una ofensa.
- Vaya...jeje, qué cachondos, ¿verdad? – dijo temblándole la voz. – Pero no pretenderán destruir el planeta por este malentendido. Esto...yo hablaré con ellos, y pelillos a la mar.
- No podemos permitir que ustedes sepan de nuestra existencia, ni descubrir el planeta 9.
- Ha sido fortuito, Sr. Smith. En nuestro acervo popular todos los extraterrestres son verdes. El que hayan apuntado al planeta 9 es pura casualidad. En realidad, ni siquiera sabemos dónde está.
- Entiendo, tal vez eso pueda salvar a los humanos. ¿Alguien más lo sabe?
- Solo yo. Bueno...y esa agrupación astronómica. Pero es gente maja, ¿eh?
- No podemos dejar rastro. Es preciso eliminarle. Y a los graciosillos también, además nos han insultado. Si quieren conservar el planeta, claro. Usted decide.
- ¿Y no podríamos llegar a un acuerdo? Le juro que no diremos nada a nadie.

El alienígena acercó uno de sus tentáculos bajándole por la espalda, con intenciones rectales.

- Glub...entiendo. Ya si eso le voy dando los datos de ASOMA. Razón social, nombres y direcciones. En fin...pobres chicos.
- Ya, pobrecillos. Mañana les haré una visita. Prometo ser rápido.
- Es todo un detalle.